



La enfermera de zapatillas cafés

Hugo Alvarado Gutiérrez

Concha Lobo daba la última bocanada al cigarrillo de papel amarillento cuando divisó a Pilar, su amiga, por la esquina de la plaza. Caminaba apresurada, con la sombrilla abierta para proteger su acicalada cara del intenso sol de abril.

Concha, de figura enjuta, mirada intensa y arrugada piel blanca, por el contrario, no usaba maquillaje; apenas si tenía tiempo para recogerse el largo y mustio cabello rubio con una diadema de carey.

Era la esposa de Isidro Alvarado, un agricultor de enormes y callosas manos con quien había procreado cinco hijos. Su habilidad para el trueque de prendas de vestir le permitía obtener dinero extra para ayudar con la economía familiar.

Por las tardes, después de limpiar la cocina, descansaba en una banca de madera en el corredor de su casa. Se fumaba uno o dos cigarrillos mientras conversaba con los vecinos que transitaban por la acera del frente.

Intercambiaba con ellos ropa, zapatos y una que otra herramienta de labranza de segunda mano, se informaba de las novedades del pequeño caserío y, por aquel tiempo, de los avances revolucionarios de José Figueres contra el gobierno de Teodoro Picado.

([Ver nota del autor al final](#))

— *¡Conchita!, los mariachis andan buscando a Calique. Dicen que ayer lo atisbaron en el billar para llevárselo. Le espetó Pilar por saludo.*

— *Pues sí, ya me contaron. Y que no lo busquen más, desde el viernes está internado en el San Juan de Dios.*

El diálogo continuó entre las viejas amigas. Concha sabiendo que lo que le dijera a Pilar, pronto lo sabría todo el pueblo.

— *Creímos que era apendicitis, pero fue una cerrazón del intestino, no podía dar del cuerpo. Casi se nos va, ¡mi chiquito! Si no hubiera sido por una lavativa...*

Concha suspiró enternecida y agregó poniendo cara de sufrida:

— *Según el doctor Chaverri, la recuperación va pa' largo porque se le afectó el hígado. Ahorita salgo para la visita de las cinco.*

Esto último lo enfatizó para no dejar duda de la gravedad de la dolencia y de la larga estancia hospitalaria que le esperaba al menor de sus hijos, quien con veintitrés años era un soltero muy popular entre las jóvenes casaderas del villorrio.



Lo que desconocía Pilar era que la enfermedad de Calique era ficticia y su internamiento, un montaje para evitar que los grupos de *mariachis*, urgidos de reclutar a jóvenes para contrarrestar el avance de los insurrectos comandados por Pepe Figueres, lo enlistaran en el ejército nacional.

El ardid había sido preparado por su madre con la complicidad de Berta, la enfermera del vecindario y que se rumoraba estaba enamorada de él, para mantenerlo por lo menos un mes en el Hospital y evitar que lo enviaran a pelear en las filas del ejército oficial.

Cómo lograron internar a un joven sano ese par de mujeres, aún permanece en el misterio. Ambas tenían muchos argumentos para influenciar con el falso dictamen de la incapacidad y conseguir el peligroso propósito.

Concha aparte de una inteligencia aguda contaba con algunos ahorros, producto de su destreza comercial para comprar objetos y revenderlos con ganancia.

Berta era atractiva, de facciones dulces, alta, algo gruesa pero con una cintura delgada. Sus formas femeninas se hacían más voluptuosas especialmente con el uniforme blanco de enfermera del San Juan de Dios.

Ambas mujeres tenían sus razones enmarcadas por el amor de diferentes tintes para proteger y ayudar a aquel despreocupado muchacho, cuyos dotes físicos y don de gentes eran su talismán protector.

Un atractivo bigote negro de manillar clásico y su pelo lacio azabache siempre

engominado, con unas largas pestañas que resaltaban sus ojos color miel, recordaban a los galanes del cine de la época.

Sabía rasgar la guitarra y aunque no había sido buen estudiante tenía una extraordinaria memoria para recordar coplas, letras de boleros y rancheras, por lo que era muy solicitado para las serenatas y fiestas de cumpleaños.

Y además poseía una especial destreza para jugar pool. De la ganancia de las apuestas en *Bola Negra*, obtenía el dinero para invitar a sus amigas a comer, para vestirse bien, y para mantener su vicio de fumador empedernido.

Sin inquietudes políticas y mucho menos revolucionarias, su vida de *bon vivant* se adecuaba al vaivén del jolgorio y las enaguas de los bailes pueblerinos.

Pero *los mariachis* persistían en reclutarlo porque creían que podía convertirse en un magnífico francotirador, gracias a su pulso firme y aguzada vista probada en las certeras tacadas sobre las verdes panas de las mesas de billar.

Dos semanas después del internamiento de Calique, Pilar le comentó a Concha, en la acostumbrada tertulia vespertina, que habían detenido a Fermín, quien borracho había gritado vivas a Pepe Figueres y consignas contra el gobierno, en la cantina La Central.

Concha sabía que Fermín, primo y compinche de Calique, amedrentado por los polizontes del gobierno, podía delatar a su hijo internado, por lo que apenas vio alejarse a Pilar se quitó el delantal, se anudó

el pelo en una gran trenza, cogió el monedero y una bolsa de manigueta donde metió una maquinilla de afeitar con una *Gillete* nueva.

De mente rápida, ya había fraguado un plan de escape del Hospital para su hijo.

A pesar del calor, se enfundó en su chal negro y se dirigió a la casa de la familia de Berta, donde recogió un uniforme de enfermera, para luego tomar el bus para San José y llegar con buen tiempo a la acostumbrada visita hospitalaria de las cinco de la tarde.

Sabía que Calique, fiel a su personalidad, había hecho amistad con algunos pacientes del Asilo Chapuí, hospital psiquiátrico contiguo al San Juan de Dios.

En su aburrida estancia deambulaba por los pasillos que interconectaban ambos hospitales y se las había ingeniado para pasar las tardes en el bello parque interior del Chapuí, similar al claustro de un convento.

Ahí jugaba tablero y naipes con algunos locos pero inteligentes pacientes. Disfrutaba de sus inverosímiles historias colmadas de sueños y manías, y ellos motivados al verlo sonreír, le agregaban más extravagancias a sus mundos fantasiosos.

Le había contado que también había conocido a Lucía, una joven de veintiún años, hija de un rico personaje “*vinculado con el mundo de las armas y emparentado con un político de renombre*”, que la había obligado a casarse con un comerciante mucho mayor que ella.

Aquella arbitrariedad le agravó una su- puesta depresión a tal punto que intentó suicidarse y al no conseguirlo empezó a consumir licor.

Borracha denigraba a su marido atribuyéndole amoríos extramatrimoniales, maldecía a su padre y gritaba que sus hermanos le habían robado una fuerte suma de dólares obsequiados por una tía política que vivía en el extranjero.

Por lo que sus familiares optaron por llevarla a un psiquiatra, quien le diagnosticó neurosis histérica y recomendó internarla en la *Pensión del Psiquiátrico*, donde ubicaban a los pacientes de familias pudientes.

Por eso añoraba escaparse del nosocomio para irse a vivir con su tía y no regresar a su detestable hogar. Este comportamiento se lo achacaban los médicos a una imaginación exaltada por la neurosis, por lo que debía tomarse una píldora de Veronal para dormir.

Pero Lucía sabedora de que su mejor medicina era alejarse de su funesto círculo familiar, no se tragaba las píldoras, las guardaba en el fondo de la gaveta de su mesa de noche.

Ya había acumulado un buen número, por lo que le había preguntado a Calique si él las necesitaba.

Calique, al enterarse de que el medicamento después de ingerirlo mezclado con aguadulce o un café ponía a dormir al paciente plácidamente, le había respondido que, aunque se desvelaba pensando en ella, por ahora no lo necesitaba.

Aquella rebuscada respuesta parecía mentirosa proviniendo de Calique, conquistador avezado; sin embargo, era sincera, ya que la dulzura y porte de Lucía lo habían cautivado. Los jóvenes se habían enamorado, por eso Concha incluyó a ambos en su plan de fuga.

Cuando la anciana llegó al hospital, observó sobresaltada a un grupo de *mariachis* apostados en las puertas del nosocomio pidiendo las cédulas de identidad, cateando a los que entraban y salían, y revisando sus bolsos y carteras, según decían, para garantizar la seguridad de colegionarios heridos en las escaramuzas que habían sido hospitalizados.

A ella le permitieron pasar porque lo único que llevaba extraño, además de la máquina de afeitar para Calique, era un uniforme limpio para que Berta -les dijo- su vecina se lo cambiara porque iba a quedarse de guardia esa noche por la incapacidad de una compañera enfermera.

Una hora después, al filo de las seis de la tarde, Concha salió del establecimiento sanitario y se apostó despistadamente en una de las sodas, al otro lado de la ancha avenida del Paseo Colón y frente a la entrada del San Juan de Dios, mientras se tomaba un chocolate.

Desde ahí podía ver tanto a las personas que circulaban por el jardín de la entrada al Asilo Chapuí, distante unos 75 metros al oeste, como a los *mariachis* que vigilaban la puerta principal del San Juan de Dios.

Mientras sorbía la bebida caliente, recordó lo bien rasurado que había quedado

Calique; sin bigote ni patillas tenía cara de niño, casi femenina.

Además, de acuerdo con su plan para huir con Lucía, le había recomendado que antes de que ambos se disfrazaran, invitara al guarda del portón del Chapuí a un café con una buena dosis del somnífero Vernal guardado por Lucía.

También le había dejado los dos pasajes de bus que había pasado a comprar en la terminal de buses para el occidente y el norte del país, conocida como *La Coca Cola*.

A los pocos minutos, Concha divisó a una pareja de mujeres que salían apresuradas del psiquiátrico. La más fornida y alta portaba un ajustado uniforme de enfermera; la otra, una bata de las utilizadas por las encargadas del aseo hospitalario.

Las vio cruzar el Paseo Colón, proyectando unas largas sombras por la luz mortecina del sol que caía sobre la calzada y las líneas del viejo tranvía que acababa de pasar trepidante.

Para su tranquilidad, comprobó que los *mariachis* ocupados en el chequeo de identificaciones y bolsos de los visitantes que salían del Hospital San Juan de Dios no pararon mientes en la pareja de presuntas mujeres que se alejaban rumbo a *La Coca Cola*.

Si las hubieran seguido, habrían notado que la corpulenta enfermera de espaldas anchas usaba zapatillas café, detalle que olvidó en el disfraz de Calique, por lo que le recomendó que evitara hablar y que por

nada del mundo se quitara la cofia blanca de su cabeza.

Ambas se dirigieron a la terminal donde abordaron el último bus para la lejana Villa Quesada, con los tiquetes comprados previamente.

Se sentaron taciturnas en los asientos traseros y fingieron dormir la mayor parte del trayecto, por lo que pasaron prácticamente inadvertidas para el resto de distraídos pasajeros.

Pasados tres días, Pilar llegó un poco más temprano que de costumbre, por lo que tuvo que llamar a Concha desde la calle.

— *¡Diay, me contaron que Calique salió del hospital! ¡Qué dicha!,* acotó con interesada curiosidad.

— *Sí, fijate que le cayó muy bien el tratamiento. Tan es así que el confisgao se fue en el tren para Limón esta mañana, a visitar a unos primos de Isidro...*

— *Pero por favor no le contés a nadie,* continuó Concha en tono de ruego.

— *Pierda cuidado, de toda forma dicen que de un momento a otro Figueres va a ganar la revolución,* replicó Pilar.

Días después, una vez restablecidas las comunicaciones telegráficas y ya instaurada la llamada Junta Fundadora de la Nueva República al mando de Figueres, vencedor de la revolución, Concha recibió un telegrama

9 de mayo de 1948

Para Concha Lobo L., Moravia Centro

Recibí dos pares de botas de hule en buen estado. Necesito pantalones talla acostumbrada y enaguas. Enviarlos por encomienda a Villa Quesada.

Oscar Bolaños, Santa Rosa de Pocosol.

Concha suspiró aliviada al terminar de leerlo. Todo parecía normal y se ajustaba al contenido de muchos otros telegramas que recibía por su conocido oficio comercial, ya extendido a otras zonas del país.

Sin embargo, si alguien perspicaz hubiera recopilado los mensajes que intercambiaba con su cuñado Oscar, quien vivía en una finca ganadera en las lejanas llanuras de Santa Rosa de Pocosol, hubiera descubierto que “*las botas de hule*” era un código cifrado para informar del estado de Carlos Enrique y Lucía.

Finalizada la corta revolución, el país se pacificó y aunque los *mariachis* habían sido derrotados, aquel sigilo era necesario por la seguridad de Lucía, a quien su familia había denunciado como escapada del Asilo y la policía había girado orden de captura a nivel nacional, con su fotografía.

Dos años después de que Calique dejara el Hospital -a quien por cierto todos hacían trabajando de grumete en un barco holandés que había abordado en Limón-, Concha recibió un sobre con sellos postales de Venezuela.

Contenía una bella fotografía de una playa que se curvaba como una herradura, flanqueada por unos cerros pelados y de agua azul turquesa; el pie de fotografía indicaba: *Playa Tuja, Estado de Aragua.*

Atrás de la tarjeta se leía:

“Mami por aquí todo muy bien, la bebé se parece mucho a usted. Vivo cerca de esta playa, tengo un buen trabajo en una petrolera. Pienso ir pronto a Costa Rica. Les mando saludos y los extraño.”

CEAL

Concha sonrió, salió al corredor. Prendió un cigarrillo y se dedicó a observar pensativa cómo las volutas de humo se perdían entre los entresijos del cielorraso, acicateadas por los vientos alisios.

Esa noche soñó con una niña rubia.

¡Lucía Concepción! la llamó mientras corría detrás de ella en una solitaria y soleada playa de arena blanca.

2 de julio de 2022

Nota del autor

Esta narración está ambientada durante la Revolución de 1948 en Costa Rica, entre marzo y mayo. El bando vencedor fue el de los insurgentes liderados por José Figueres Ferrer, contra las fuerzas del gobierno saliente de Teodoro Picado, que con el apoyo de un Congreso títere había anulado el resultado de las elecciones que habían dado como ganador al candidato opositor Otilio Ulate Blanco, presuntamente por no contabilizar una gran cantidad de material electoral destruido en un incendio, cuyo origen nunca fue establecido. El gobierno saliente de Picado había traído a un puñado de comunistas, muellersos y peones bananeros de las costas y dotado de un rifle y un parque de municiones. Los había mal entrenado como soldados para encargarles, entre otras cosas, el reclutamiento obligatorio de jóvenes vecinos de los pueblos de los alrededores de San José, para enviarlos a pelear contra los revolucionarios. El mote de *mariachis* a esa soldadesca se lo encajó el coronel Enrique (Pencho) Alvarado Jiménez al verlos entrar al cuartel Bellavista con las cobijas y los sombreros de ala ancha que utilizaban para afrontar el frío de las madrugadas en San José y sus alrededores. Muchas familias protegían a sus hijos escondiéndolos o enviándolos a lugares remotos para evitar aquel arbitrario alistamiento, ya que si se negaban los encarcelaban, acusándolos de traidores; este relato cuenta la historia de uno de ellos.